

10.000

ARTURO CAMPION.

CONTRASTES.

(CUADRO DE COSTUMBRES.)

Benbora anchiñakoen ondo-esanak

(Leyenda premiada en los juegos florales de San Sebastian.)

EUSKAL-ERRIAREN ALDE

PAMPLONA,

IMPRENTA DE JOAQUIN LORDA.

1882.



H-59883
F-60667

ATJ
27401

ARTURO CAMPION.

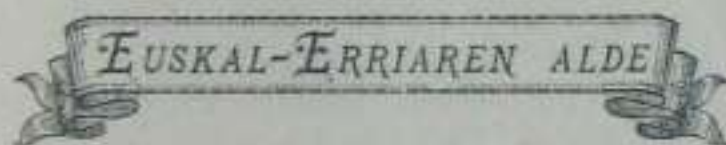
CONTRASTES.

(CUADRO DE COSTUMBRES.)



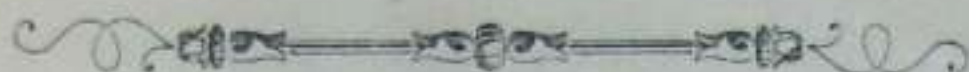
Denbora anchiñakoen ondo-esanak

(Leyenda premiada en los juegos florales de San Sebastian.)



PAMPLONA.
IMPRESA DE JOAQUIN LORDA.

1882.



ADVERTENCIA.

Tengo ánimo de publicar un libro que se titulará «*Leyendas euskaras*». Ninguna de las dos composiciones literarias que hoy aparecen en el presente folleto, caben en la proyectada publicación; la primera porque es un artículo de costumbres y la segunda porque es el resúmen ó compendio de dos de aquellas leyendas, todavía inéditas. He aquí la razón que me mueve á darlas por separado, no queriendo que tengan derecho á decirme que las trato con ménos cariño que á sus hermanas.

Ni el artículo de costumbres ni la leyenda aquí reunidos, son nuevas para el público, pero lo son la version euskara del uno hecha por el distinguido escritor guipuzcoano Sr. Otaegui y la version castellana de la otra hecha por mí: bajo éste punto de vista, el presente folleto puede presentar algun interés para los aficionados á la lengua euskara.

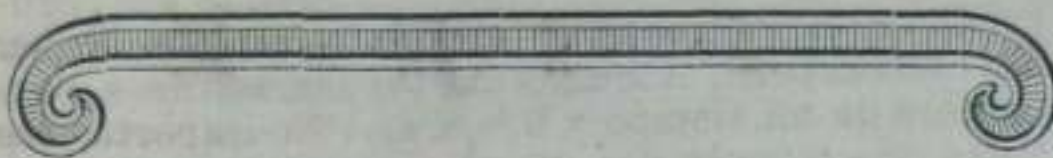
Con ser tan diminuto, éste folleto es trasunto fidelísimo del libro; ámbos están inspirados en los mismos sentimientos; amor al país basco-nabarro, á sus fueros, á sus costumbres y á sus glorias; entusiasmo por su naturaleza, tan rica de contrastes y tan merecedora de ser reflejada en las obras literarias; encarecimiento de la idea de union entre los hijos del país, sin distincion de partidos y colores; repulsion y antipatía hácia todo lo extraño que por medio de las costumbres ó de la ley pretenda

implantarse en nuestra tierra, alterando su peculiar estructura. Algunos me acusarán de no ser hombre de mi tiempo y acogerán con sonrisas burlonas mi «estrecho provincialismo». No importa; ese grande error político-social que se llama cosmopolitismo, es un lujo que únicamente pueden permitírselo los pueblos que son dueños de sus destinos. Euskaros y españoles hemos sido durante nuestra larga historia y así queremos morir, para lo cual defenderemos nuestros derechos con la misma energía, ardimiento y tenacidad con que supimos defender á la pátria comun.

Dentro del movimiento literario euskaro de nuestros dias, el tomo de mis leyendas será un libro más, inferior á todos por su mérito artistico pero capaz de sostener el parangon con cualquiera de ellos bajo el punto de vista de las aspiraciones reivindicatorias del país. Estará dividido en dos partes; La primera denominada LOS EUSKALDUNAS comprenderá las siguientes composiciones; *La Resurreccion de Aitor*, *Lelo* (drama) *Lekobidi* (id.), *La familia Lartaun*, *La promesa*, y *Gaston de Bel-sunce*; la 2.^a titulada NABARROS Y CASTELLANOS constará de las siguientes leyendas: *El Capitan Petri Sanz*, *El Prisionero de Simancas*, *La batalla de Noain*, *Los últimos nabarros*, *El coronel Villalba*, y *Los hermanos Gamio*. Si el libro consigue confirmar á algunas almas en su patriotismo euskaro ó despertarlo en otras, darello por bien empleado. De lo contrario, desde ahora reniego de él.

La literatura es tambien un campo de batalla, y yo no aspiro á otro calificativo que al de buen soldado de la noble causa de «*Dios y Fueros.*»

Pamplona 1.º de Mayo de 1882.



CONTRASTES.

CUADRO DE COSTUMBRES BUENAS Y MALAS.

Bizkaiyan egin dira
Bide laun zabalak
Libre sartu deitezan
Ekandu zitalak;
Orain gagoz egiten
Burdiña bidea
Fueruak igasteko
Segurua atia.

EUSEBIO M.^a DOLORES DE AZCUE.

A mi querido amigo Juan Iturralde y Suit

Sé que vale muy poco esta composición que te dedico: sin embargo, te la ofrezco porque creo que es trasunto fiel de los sentimientos que tú y yo abrigamos respecto a la tierra euskara.

Tuyo siempre

Arturo.

Pamplona 1.º de Julio de 1881.

Las cinco de la tarde serian, poco más ó menos, cuando llegué a la estación de Villafranca (de Guipúzcoa),

con objeto de tomar el tren correo que habia de conducirme á Biarritz.

Tenia tiempo de sobra y para entretener la espera comencé á pasearme á lo largo del andén, recordando deleitosamente los quince dias trascurridos.

No los trocara yo por otros quince en la mismísima corte de la Reina Victoria. Durante ese breve periodo de tiempo, habia yo vivido la gran vida salvaje y libre de los pastores. Calzado de toscas alpargatas y vestido de fresco dril, apenas el Oriente se teñia de rosado color, y aun antes muchas veces, me iba á la montaña, hundiendo los piés en la yerba cuajada de rocío. Ninguna querella de hombre llegaba á turbar la placidez de mi alma; en cambio asistía á la eterna disputa de los árboles y del viento. Si me faltaban las sinfonías de Beethoven y las sonatas de Mozart, en cambio la alondra me obsequiaba con sus primeros trinos y el ruiseñor con sus últimos gorgoros. Uno de mis mayores encantos era seguir con la vista el lento desvanecimiento de las nieblas, que cuando

el sol nace son velos de plata y cuando el sol muere cortinas de púrpura. ¡Oh qué fiestas de colores me daba ese grande artista que se llama el amanecer! Las montañas parecían cambiar de materia; eran, á la primera luz, montañas de ceniza, después de rosa, después de zafiro y por último, montañas de oro. Mientras algunas cumbres mostraban aún el tinte de la plata nueva, valles enteros se dejaban ver únicamente gracias á la transparencia de las brumas azules; hubierais creído contemplar, á no saber lo contrario, la naturaleza terrestre á través de las ondas del mar. El sol con sus dardos de fuego deshacía todos los vapores y por entre las revueltas cimas venía á despertar á las sombras dormidas. Las praderas, rojas y blancas de flores, iban despojándose de la dorada neblina, y apareciendo, una tras otra, como hermosas vírgenes que abandonan el lecho. Los árboles del bosque encendían una luz verde en cada una de sus hojas y por entre las ramas daban paso á los rayos del sol que se rompían en chispas de brillantes al pe-

netrar en el fresco seno de los arroyuelos. Los pajarillos se alisaban las plumas con el pico y después saltaban apareados de rama en rama, ó inmóviles entonaban sus himnos á la luz, nota tierna que repite una misma queja, silbido que se burla, trino de loca alegría, gorgceo de profundo amor. En torno de las flores zumbaban las abejas, revolaban las mariposas, viviente ramillete de pedrería y lucían los reflejos metálicos de sus élitros blancos, azules, verdes, dorados, amarillos, rojos y negros, los innumerables insectos. ¡Oh naturaleza, bendita seas, bendita mil y mil veces, consoladora, hermosa y pura madre de los hombres!

Escuchando el canto de un ave ó el murmullo de un riachuelo, admirando los silvestres atavíos de una ignorada florecilla ó el vuelo altivo del águila que se remonta al cielo para bañar mejor los ojos en la esplendente claridad del sol, pasaba la mañana, y luego, sentado sobre los verdes manteles del prado, devoraba la rústica comida, aderezada con buen apetito, y sa-

ciaba la sed con agua helada de la vecina fuente, cuyos cristales, entre cimbreantes juncos, se quebraban. Y en seguida, echado de espaldas al pié de un frondoso roble más viejo que un patriarca y más hospitalario que un árabe, dábame á contemplar el cielo visible entre las ramas y á oír el silencio que el medio día del verano impone á los campos. Todo dormía á mi lado; únicamente la afanosa hormiga continuaba sus tareas, y siguiendo con entreabiertos ojos los movimientos de algunos de esos diminutos insectos subidos á la pechera de mi camisa blanca, no tardaba en quedarme también profundamente dormido. A la tarde volvía á corretear por el bosque, y cuando las sombras de las montañas se extendían por los valles como una alfombra de terciopelo y de los pasos del gris crepúsculo que avanzaba, brotaban regueros de estrellas, me volvía al caserío en compañía de los bueyes, de las ovejas, de las cabras y de las vacas, repitiendo en alta voz, como un loco, algunos medio olvidados versos de Virgilio.

Entonces contemplaba otras escenas igualmente bellas. Las raíces de un copudo nogal me daban asiento, y después de apurar un vaso de espumosa leche, veía descargar dos ó tres carros de yerba recién segada. El casero subido sobre el carro, tiraba al suelo con su horquilla de madera los haces; y la casera, acompañada de sus dos hijas mozas los recogía y llevaba en la cabeza al corral. ¡Era de ver el garbo con que las robustas *neskachas* cumplían su cometido! Con las trenzas caídas sobre las espaldas, el pañuelo de colores del cuello medio abierto, mostrando el principio del pecho blanquisimo, sobre todo en comparación de la cara ligeramente dorada por el sol, la frente sudorosa, los ojos animados, los rojos labios abiertos dejando ver el centelleo de un relámpago argentado, las mangas de la camisa recogidas encima del codo, la saya de percal de menudos cuadros cayendo en ligeros pliegues sobre las piernas desnudas, los piés descalzos, rudos y polvorosos, entre risas y entre cánticos recogían los fajos, y antes de car-

garlos metían, para refrescarse, los brazos dentro de la yerba y luego, derechas como un huso, sin inclinar al peso la cabeza, pisando airosamente, aun por encima de guijarros, penetraban por la oscura puerta del corral, que al recibir á tan donosa juventud, parecía iluminarse con una sonrisa. Media docena de gallinas picoteaba en el estiércol recogido en montón; un perro llamado *Pinto*, con la lengua fuera y pegando al suelo sin cesar con la cola, miraba atentamente á los gorriones que de los nogales volaban al tejado, y del tejado á los nogales; dos rapazuelos de distinto sexo y edad casi idéntica, rubios como dos espigas de trigo, arrastraban una lata vacía de pimientos celebrando con palmas y risotadas el ruido producido y junto á mí, sentado en la vecina raiz el casi centenario *aitona* cargaba la pipa de yeso blanco con *belarra*, y ahora toso y después escupo, me contaba la nunca olvidada historia de la toma de Echarri-Aranaz por «el gran Zumalacarregui.»

Después de recogida la yerba penetrába-

mos todos juntos en la cocina, negra de humo y resplandeciente de honradez, cocina cuyos muros jamás habían sido testigos de acciones viles ó bárbaras, cuyos ecos no habían nunca repetido palabras obscenas, repugnantes blasfemias ó frases concupiscentes, más hermosa con sus tiznadas paredes que los soberbios alcázares de los poderosos corrompidos, en la que siempre el ajuar de casa, limpio como las piedras del río, brillaba, ardía abundante leña y dejaba oír su monótono chirrido el grillo, rústica musa de los cuentos del hogar.

Luego el *aitona* el *echeko-jaun* y yo nos sentábamos á la mesa, cubierta de tosco y blanco mantel de ancha cenefa azul, y cuando la *andria* colocaba la humeante sopa de ajo en el centro, el amo se ponía de pié, se quitaba la boina y rezaba un *Aita gurea* al que todos contestábamos *amen* con verdadero fervor. Mientras cenábamos, las dos *neskachas* traían algunas cuantas herradas de agua, y más tarde todos juntos nos íbamos á tomar la fresca y á estar de conversación una media hora discurrendo,

no acerca de la cuestión de Oriente ó de la caída del Sr. Cánovas, sino de la *gran noticia* de que había parido una oveja ó de que le había escrito Batista, el de *Sagarzurieta*, á su madre, diciéndole que en Montevideo se morían de hambre hasta las chinches y de otros asuntos igualmente importantes. Otras veces los *hombres* nos poníamos á hablar de la última guerra civil y entonces las *neskachas* se alejaban algunas varas de nosotros y entonaban á media voz y á duo, alguna melancólica y tierna melodía euskara. Todavía recuerdo la última que les oí, sentimental y elegante á la vez como una página de Mendelsshon.

Zu ikustera ni joanean
Zakurrak saunkak egitean
Zembait al litan botatzen nion
Isiltzeagatik ogiya
Nere konsolagarriya!

Y por último á la cama para volver á hacer la misma vida el día siguiente.

He ahí todo lo que recordaba al pasearme por el andén de la estación de Villafranca. Un sargento de miqueletes, dos carabine-

ros armados y media docena de hombres y mujeres, constituían la concurrencia del andén. Al otro lado de la empalizada que se extiende á derecha é izquierda de la estación, había tres muchachas lavando ropa en un riachuelo, metidas en el agua, con las sayas recogidas entre las piernas hasta encima de la rodilla enseñando las blancas y gruesas pantorrillas. A la orilla izquierda del riachuelo un cura anciano, flaco y de traje raído se paseaba, con un señor de sombrero ancho de paja y sombrilla blanca, por la carretera.

De pronto resonó un silbido y apareció un tren. A pesar de que soy de los que celebran mucho el progreso de las ideas y de los sentimientos y poco los adelantos materiales, jamás he podido sustraerme á la tentación de aplaudir á un tren en marcha. Así es que fijé mis ojos con singular complacencia en el convoy que llegaba. El humo, de color gris muy oscuro, salía á borbotones de la chimenea de la máquina estendiéndose perezosamente por ambos lados de la vía; el gigante de hierro lanzaba

formidables resoplidos y de su vientre brotaban millares de chispas y caían trozos de carbon encendido. Momentos después el tren se detenía en la estación. Al mismo tiempo resonó un estruendo espantoso, compuesto de gritos, silbidos, blasfemias, conversaciones, cantos, risotadas, patadas y manotadas; cualquiera hubiese dicho que dentro del tren venía una tribu del Riff.

—¿Qué es eso? pregunté,

—Un tren de Ceuta, me contestó el jefe de estación.

Todo lo comprendí, no venían los moros, sino sus hermanos. Madrid vomitaba su populacho sobre Guipúzcoa y lo vomitaba en forma de *tren de placer*. A este lo componían diez y ocho wagoes de 2.^o y 3.^o clase, más sucios y empolvados que una diligencia después de diez días de marcha. Por las ventanillas se veía un verdadero mar de cabezas humanas y otro mar de manos que gesticulaban violentamente. Caras morenas, ojos negros brillantes, pelo del mismo tinte pegado á la frente por el sudor, megillas tiznadas de carbon, uñas

ribeteadas de negro, dedos adornados de gruesas sortijas, pañuelos de seda de colores chillones, algunas cuantas mantillas desgarradas, corbatas apretadas por anillos de dublé ennegrecidos, abanicos de papel medio cubiertos de lentejuelas, ostentando aquí y allá la señal de dedos sucios y sudorosos, gorras de seda, sombreros grises de alas anchas, vestidos de percal manchados de grasa, mujeres gordas echando agua turbia por todos los poros y niños atontados por el calor y el ruido, fisonomías arrugadas y ceñudas y fisonomías alegres y procaces, mujeres bigotudas y hombres barbilampiños de tez amarillenta, muchachas hermosas y viejas repugnantes, cabás repletos dejando ver el cuello de una botella, cestas mónstruos medio destripadas conteniendo la comida y los botines de la familia en amable promiscuidad, botijos de agua, botas de vino, lios de bastones, paraguas y sombrillas y varias guitarras: he ahí el espectáculo que á primera vista ofrecía el tren.

Toda aquella multitud, poco culta por

naturaleza y soez por costumbre, sobreexcitada por el calor, la aglomeración, los tragos y la novedad del viaje, parecía escapada de Leganés. Las palabrotas y las obscenidades volaban de boca en boca, produciendo aplausos y risas en proporción de su grosería y torpeza. Entre todos los viajeros llamaba la atención una jovencueta de unos diez y siete años, de ojos de sol, de dientes menudos y blanquísimos, la cual con agudeza verdaderamente notable, hablaba como en un cuerpo de guardia; jamás he visto más linda boca de infierno. A su lado una jamona se despepitaba preguntando á un mozo de la estación por los lugares reservados *pá señora*. Se los indicó el mozo y la *señora* contestó:—Pues hijo, los podiais poner en la luna; yo no ando siete leguas *pá tan poco*. Y abrió la portezuela, bajó á la vía y con la cara vuelta hacia los coches se acurrucó en el suelo adoptando una expresiva postura.

Entonces sí que se dijeron cosas! cada lengua se convirtió en sinapismo, cada boca en expuerta de basura, y los gritos y los

silbidos redoblaron, la *señora* riéndose á carcajadas continuó impertérrita, y cuando se levantó pidió un vaso de agua:—*pá que se vaya el susto*, dijo. En el mismo coche de la *señora* despreocupada iba un chulapo, pariente, ó cosa así, á juzgar por lo arrimadito, de la jovenzuela mal hablada de marras, el cual reparó en las lavanderas de las pantorrillas al aire y llamó la atención de sus compañeros acerca de tan deleitoso espectáculo. Nuevos gritos, silbidos, palabrotas y floreo de muladar dirigidos á las chicas del río; lo peor del caso es que el chulapo hubo de decir que alguna de ellas era guapa, porque la chulapa se incomodó y con su voz penetrante comenzó á gritarles desvergüenzas, haciéndole coro otros hombres y mujeres, mientras los demás armaban gran jaleo por lo de las piernas visibles, hasta el punto de que las pobres muchachas, rojas como unas amapolas y dejando los cestos de ropa abandonados, se refugiaron detrás de la estación.

—Paece imposible que á naide le guste esas patonas. Ole! aquí está lo bueno! en

tooito Madri no hay otros pinreles como los míos! si le igo á osté que son terroncitos de azucar! exclamó la chulapa y puso su pié izquierdo diminuto, microscópico, chino más que madrileño, calzado de botina negra de charol con caña de tela de color café con leche, en el borde de la ventanilla.

—Viva lo bueno. Frascuelita! gritó otro chulo de voz aguardentosa. Y cogiendo una guitarra, despues de un mal rasgueado cantó:

El cazador que es diestro
de noche caza,
de este modo, las liebres
pilla en la cama,
y acierta el golpe
si es que no desperdicia
las municiones.

—¿Pero han visto ustedes, dijo la *señora* del riego, verdadero ballenato andaluz, con qué poca vergüensa enseñan la chica de esta tierra de mansana lo que en otra parte solo se enseña al novio? Aquí que dicen que hay más cura que borracho en San Lúcar de Barramea, cómo no hay

nenguno que les dise lo que la eecencia manda!

—Pero no vé osté, señá Simona que aquí como no hablan en flamenco no pueen entenderse? Y ademas, mire osté cómo viene á pasearse el cura por junto al arroyo; segura estoy de que ese condenao carliston sabe cintimetro más ó menos, cual es la pantorrilla más gorda de la parroquia. Tañe, Joseito; pá osté, pare Vicario.

Y con voz chillona y sacando medio cuerpo fuera, la mozuela cantó:

De la guerra de Vénus
un cierto abate,
sacó tres cuchilladas
junto al gazzate;
y el Dios Mercurio
le sacó en este lance
de un gran apuro.

Las más brillantes arengas de Demóstenes y Mirabeau, no habrán obtenido, seguramente, aplausos más nutridos que la seguidilla de Frascuelita; todos los viajeros del coche se arrimaron á las portezuelas y ventanillas, y sacando los brazos,

unos agitaron los sombreros, las gorras y los pañuelos, y otros pegaron con los bastones ó las manos en la madera como si citasen á un toro. El cura, sumamente incomodado, se volvió de espaldas y tomó un sendero que á través de las heredades conduce á Villafranca; apenas dió cuatro pasos le alcanzó en la espalda media naranja que le tiró uno de los viajeros.

Había estado mirando con sostenida atención el miquelete toda esta escena y al ver el naranjazo, después de lanzar un enérgico *arrayua*, se acercó al wagón y dijo con voz firme y tranquila:

—Ustedes si quereis divertir bien hasen; pero no insulteis gente ni tampoco menos la cura de la naranca con los cáscaras tirando y.

—¿Pero que ise ese tio de la *boina* encarná con su lengua de trapo *vizcaino*?

—Toma, que ha e desir! que respetemos al cura. Si será su papá?

—Pero si eso no es cura, si eso es una vela de sebo! Tirale una naranja entera, Pico-largo, á ver si le rompes la teja.

—Lo que yo delante estando V. no tirarás si quieres la puñetazo que no te lo pegue.

—Oiga ostè, sò morral, quitesè ostè de delante, que con esa cara de luna no me deja ver el sol, dijo la Frascuelita.

—Callate, chiquiya, que le voy á tomar medida de levita á ese *sagardúo* más pronto que la vista. Pues no ice que me pegará un puñetazo? ya quisiera ver eso. Tan solo una vez en toa mi via se ha atrevio nenguno á ecir otro tanto! Váyase oste, hombre sin sal, y no me obligue á bajar pa hacerle limpieza de las tripas sin necesidad de purga!

—Que te parese á V. que te tengo miedo yo á tu *nabala*? Bájate si quieres, y verás baño en lagua como te tomas pronto y errepresecas la errabia.

En aquel momento el chulo de la guitarra que habia estado oyendo la disputa sin decir nada, y bebiendo de cuando en cuando vino de una bota, sacó la cabeza por la ventanilla y lanzó á la cara del miquelete un buche, diciendo:

—Vino vâ!

El miquelete furioso se subió al estribo del wagón y se agarró con el chulo. Al mismo tiempo sonó la campana, silbó la máquina y el tren se puso en movimiento, En alguno de los wagones los viajeros comenzaron a cantar la popular canción:

La camisa de la Lola
Un chulo se la llevó,
La camisa ha parecido
Pero la Lolilla no.

El miquelete sin apearse del estribo, no sé si por impotencia ó por ceguedad, continuó en la misma postura, durante algunos instantes. El tren había ya rebasado la estación, cuando el miquelete cayó á tierra con la cara bañada en sangre; uno de los del wagón, no se sabe quien, le había tirado una cuchillada al cuello; gracias á un brusco y casual movimiento de cabeza la navaja le hirió en la mejilla; á esa feliz casualidad se debe que la cuchillada, contra la perversa intención de su autor, no fuese mortal.

El tren se alejaba rápidamente; el pena-

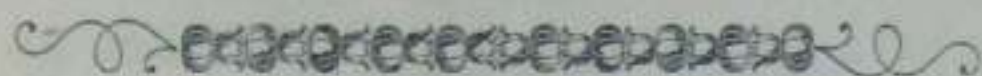
cho de humo y chispas de la locomotora parecía una aureola de gloria; los pulmones del mónstro de hierro ensordecían el espacio con sus enormes resoplidos; el tren parecía, al tomar la curva, una gigantesca sierpe; de cuyas entrañas salían innumerables voces humanas. Gracias al instinto de imitación que se observa en todas las muchedumbres, ahora eran todos los viajeros los que entonaban el coro final de *La canción de la Lola*, espejo de la inmunda plebe madrileña.

El tren, aumentando su velocidad, se internaba por Guipúzcoa. A mi me parecía ver avanzar la incesante oleada de un mar cenagoso, la onda incansable de agua pestilente que todo lo anega y borra. Allá iban chulos y chulas á introducir una palabra obscena, á sembrar una blasfemia, á matar una costumbre antigua, á sustituir con otra una prenda del traje indígena, en una palabra, á pasar la fétida esponja de la asimilación sobre los puros colores del pueblo euskaró! *Esto matará á aquello*, decía yo también, fijando los ojos llorosos

en mi caserío de *Zelayarán*, que en aquel momento, enrojecido por el Sol de Occidente, elevaba al cielo entre los nogales, la azulada columna de humo de su hogar pobre y honrado, como se eleva en alas de la oración, el perfume de un incensario.

ARTURO CAMPION.





KONTRAEGOERAK.

OITURA ONAEM ETA CHARREN ISAUDIA.

Bizkaian egin dira
Bide laun zabalak
Libre sartu deitezan
Ekandu zitalak,
Orain gagoz egiten
Burdiña bidea
Fueroak igasteko
Segurua atea.

EUSEBIO M. DOLORES DE AZQUE.

Arratsaldeko bostak, or nonbait zira-
den Billaprankako estaziora (Gi-
puzkoan) allegatu nintzanean, Mea-
rritza eraman bear ninduen trenkorrean
sartutzeko asmoarekin.

Nai baña denbora geiago nuen eta zai

nengoen bitartean atsegin izan nezan asi nintzan paseatzen burni-bidertzaren luzee-
ran, oroituaz gozoki iragotako amabost egunak.

Ez nituzke trukatuko beste amabostekin Victoria Erregiñaren gorte ber berean.

Denbora labur orren buruan egin izan nuen nik, artzaien basobizitza eta librea. Espartintzarrakin eta arizko soiñ ariñarekin jantzita, Sortaldeak larrosa kolorea artu beziñ laster, eta askotan ala ere lena-
go, juaten nintzan mendira intzez betetako belarrean oñak sartuaz. Nere animaren atsegintasuna etzuen genasitzen gizonen errierta batek; onen ordezt arbola eta aizea-
ren betiko jardukia aditzen nuen. Beetho-
venen elkarroskiak eta Mozarten soñuak palta banituen, oen partez choriandrak artutzen ninduen chit ongi bere lendabiziko otseztiakin eta errechinolak bere azkeneko gorgorakin. Nere arrizde aundienetako bat zan begira egotea nola gordetzen ziran gel-
diro lañoak, zeñak baidira zillarrezko sa-
reak eguzkiaren irteeran eta suteozko erre-
zel edo kortinak eguzkiaren sarreran. ¡O

zer kōlorezko pestak ematen zidan egun-sentia derizkion egille aundi orrek! Mendiak ziruriten trukatzen gaiez; lendabiziko argieran ziran, autsezko mendiak, gero larrosaskoac, geroago zerutarrizkoak eta azkenear urrezko mendiak. Menditontor batzuek oraindik ere erakusten zuten bitartean zillar berriaren ichura, ibar osoak ikusitzen ziran eskerrak bakarrik laño urdin-en goitargierari; ala etzala ez jakitea, us-teko zenduten pozkidaz ikustea lurraren izatea ichasoko bagaen trabesetik. Eguzkiak bere suzko darduakin desegiten zituen lurreñ guziak eta gallur nasien tartetik zetorren itzal lotiak esnatzera. Zelaiak, lorez gorrituak eta zurituak, utzitzen zijoazten lañocho urrestua, eta agertzen, bata bestearen ondoren, oetik alchatzen diran nescach-garbi ederrak bezela. Basoko arbolak piztutzen zuten argiberde bat beren orri bakoitzetan eta adar tartetik iragotzen ziran eguzkiarenk erreñuak, zeñak erreka-choen kolko preskoan sartzean ausitzen ziran chingar distiarietan. Chorichoak leuntzen zituzten mokoarekin beren lumak eta

gero salto egiten zuten adarrez adar pareka, edo mugigabe asitzen ziran kantatzen alabantzak argiari, arrenkura bat bera beritzen duen seña biguña, burlatzen dan chistuotsa, poz eroaren otseztia, amorio barrenkoiaren gorgora. Loreen inguruan barrumbatzen zuten erleak, berriz-egaatzen zuten micheletak, artistadizko lorapill bizitsuak, ezinkontaala arbiskak agiri zituzten beren ego-kuchaen menasteko butargi zuriak, urdiñak, berdeak, urrestaliak, oriak gorriak eta beltzak. ¡O izeta, bedeincatua izan zaitez, millaka aldiz bedeinkatua, gizonaen ama pozkidatzallea, ederra eta garbia!

Egazti baten kantua edo errekachoren murmurra aditzen, arriturik begira lorecho ezjakiñ baten apainketa basatiai edo arranoaren egoera goitituari zeñak igotzen duen zerura eguzkiaren argiera distiatzallean begiak obetoago gozatzeko, iragotzen nuen goiza, eta ondoren zelaieko serbilleta berdeen gañcan eserita, iretsitzen nuen baserritar janaria gogo onez apaindua, eta kendutzen nuen egarria alboan nuen itu-

rriko ur izostuarekin, zeñaren kristalak autsitzen ziran, gorabera zebiltzan itartean. Eta bereala, aitalen bat baña zarrago eta arabiatar bat baña ostatu-emalleagoko aritz adartsu baten oñean bizkarrez azpira etzana, jarritzen nintzan pozkidaz adar tartetik zeru arrigarria ikusten eta kampo-zelaiari udako eguerdiak erazten dizkien issiltasuna enzuten. Dena zegoen lo nere inguruan: bakar bakarrik chindurri nekatsuak bere lanai jarduten ziozkan, eta begi erdirekiakin begiratuaz nola zebiltzan arbiska chikicho orietako batzuek, nere alkandorá zuriren bulastalkira igoak, laster ni ere artutzen ninduen lo beteak. Arratsaldean berriro ibiltzen nintzan basoan, eta mendien itzalak ibarretan zabalduzen ziran orduan irulletazko oñazpiko baten gisara, eta izar erregerachoak irtetzen zutenean illunabar urdiñarrea aurreratzen zan bezela, itzulitzen nintzan baserrira, idi, ardi, auntz eta beiakin batean, barriztatuaz kantari, ero baten gisa, Virgilioren koplá batzuek erdi-aztuak.

Orduan ikusitzen nituen beste iruditegi

batzuek egoalkiro ederrak, Inchaur-arbola bollostu baten sustraiak nituen esalkitzat, eta baso bat esne apartsu edan ondoren, egoten nintzan begira nola ustutzen zituzten bi edo iru gurdi belar ebaki-berria. Echajaunak gurdira igorik botatzen zituen zamak bere egurrezko sardearekin, eta echeko-andreak bere alaba birekin bildutzen zituen eta eramane buruan okullura. ¡Ikuskagarria zan zer garboarekin betetzen zuten beren eginbidea *neskach* sendoak! Ille chirikordatuak bizkarretik beera, erdirekia kolorezko lepokoa, kolko chit zuria- ren asiera erakusten zutelarik, batezere piska bat eguzkiak urreztatuko aurpegiaren aldean, bekokia izerditsua, begiak alai, ez-paiñ gorriak erdirekiak chimist zillartu baten chingartza ikusten zitzazkielarik, atorraren maukak ukalondoaz goitik bilduak, kuadro cheezko perkalezko gona eroriaz ankagorrien gañera toleskai arinchoetan, oiñ-polikabeak eta autseztuak utzik, parre eta kantuen tartean bildutzen zituzten sortak, eta burura jaso baña lenago, sartutzen zituzten besoak belartartean

preskatzeko, eta gero, ardatz bat beziñ zuzen pisuren bidez burua makurtu gabe, pausoa ariñ emanaz, arleun gañean ere, sartutzen ziran tegiko ate illunetik, zeñak zirurien argiegiten parrecho batez, gazte aĩn doaintsuak sartzean. Dozenerdi bat ollo ari zitzazkion mokoka zimauro pilla bati, *Piñto* zeritzaion zakur bat mingaña kampoan zuela eta gelditu gabe buztanarekin lurra jotzen, begiratzen zieten kontuz in-chaur-arboletatik tellatura eta emendik ara egaatzen zuten echachoriai; bi neskamutilcho urbill denbora berekoak, zurigo-riak bi galbururen gisakoak zeramaten arrastaka piper pote uts bat egiten zuen otsak chalo eta parreak eraziaz, eta nere ondoan, alboko sustarrean eseria eun urte urbill zituen aitonak betetzen zuen ieltsozko pipa zuria belarrarekin, eta batean estulegin eta bestean chistua bota, kontatzen zidan sekula aztu gabeko Echarri-Aranazen artuerako kondaira «Zumalakarregi aundiarengandik.»

Belarra bildu ondoren sartutzen giñan denok elkarrekin keez beltza eta prestuta-

sunez distiaria zan sukaldean, zeñaren murruak ez-baizuten sekula ikusi eginbide bilutsik, ez ere aren iotorriak berriztu itz zikiñik, arnegu nakaitzik edo itzera likichik, almentsu galkidatuen gaztelu izugarriak baña ederragoa bere pareta beztuakin, non echeko treznak, errekaoko arria beziñ garbiak, distiatzen zuten; erretzen zan egurra ausarki eta aditzen zan kirkirraren suñu lela, sukaldeko kontuen baserritar musa.

Gero aitona, echejauna eta ni eseritzen giñan, ertz urdiñ zabaleko serbilletatzar zuriz estalitako maian, eta echekoandreak ipiñitzen zuenean lurriña zerion batzurisopa erdian, alchatzen zan nagusia, kendutzen zuen kapelua eta erretzazen zuen Aita gurea zeñari guziok erantzuten giñion egiazko biotz berarekin *amen*. Apaldutzen genduen bitartean, neskach biek ekarritzen zituzten pegarra batzuek ur eta geroago, denok elkarrekin juaten ziñan otzaroa edo preskura artutzea eta izketan egotea orduerdiren batean ilkusiaz, ez Sortaldeko leikitzen gañean edo Canovasen erortzaren gañean, baizikan ardi batek umea egin



zuelako berri aundiren gañean edo Batista, Sagazurietakoak iskribatu ziola bere amari esanaz, Montevideon chimuchetaraño-koak iltzen zirala goseak, eta beste jolasgai berdin egoki batzuen gañean. Beste batzuetan gizonak mintzitzen giñan gure artean izandu zan azkeneko gerraren gañean eta orduan neskachak urrutiratzen ziran kana batzuek guregandik eta asitzen ziran kantatzen erdissillik eta bikidan, euskarazko otsezi dumurriatsu eta biguñen bat. Oraindik ere oroitzen naiz azkeneko aldian aditu nienaz, otsekabezkoak eta ederra beingoan Mendelshonen ormeskade bat bezela.

Zu ikustera nijoanean
Zakurrak zaunka egitean
Zenbat alditan botatzen nion
Issiltzeagatik ogiya
¡Nere konsolagarriya!

Eta azkenean bera berriz bizimodu ura bera egiteko bigaramonean.

Orra or Billaprankako estazioko burnibidertzean aronz onuz nebillan bitartean

oroitzen nintzan guzia. Mikeletako sarjento bat, bi karabinero armatu eta dozenerdi bat gizon eta emakume ziran burnibidertzeko bilkida moldatzen zutenak. Estaziotik esker eskubi zabaltzen dan esiz beste aldetik zeuden iru neskach churimenta egiten erreka-cho batean, urean sartuak, anka tartean gonak bilduak belaun ganeraño, aztal zuri lodiak erakusten zituztelarik. Errekachoren ezker-ertzean paseatzen zuen apaizar, argal eta soñ singlezko batek, kamino errealean, lastozko zapel zabala eta itzalkai zuria zituen jauncho batekin.

Bat batetan soñu egin zuen chistu batek eta agertu zan trena. Izan arren irudideen eta sentieraen aurreratzea asko alabatzen duten aetako bat eta guchi egingaiena, ez det beñere kendu al-izan dijoan tren bat laudatzeko tentatzioa. Ala da ere oiez bezelako pozkidarekin bota nion nere begia zaikidaren etorrerari. Kolore urdiñarrezko kechit illunak irtetzen zuen galgaraka erazgillearen chiminitik nagiro zabalduaz burnibidearen alde bietara; burnizko goiantiak botatzen zituen birtatsi izugarri batzuek eta

bere sabeletik irtetzen ziran chingarrak millaka eta erortzen ikatz piztuak zatika. Piskabat geroago gelditzen zan eztazioan trenna. Denbora berean dunbots ikaragarri bat aditu zan, deadarrez, chistuz, arneguz, izketaz, kantuz, parrealgaraz, ostikadaz eta eskujoidaz egiña; edozeñek esango zuen Rifleko echadiren bat zetorrela tren aren barrenean.

—¿Zer da ori? galdetu nuen.

—Zeutako tren bat, estazioko buruak eranzun zidan.

Dena ezagutu nuen, etzetozen mairuak baicikan aen senideak. Madrillek bere iripedia botatzen zuen bere echetik Gipuzkoara eta botatzen zuen poz-trenaren ichuran. Au moldatzen zuten amar ordu ibilli ondoren dilijentzi bat arkitzen dan baña zikiñagoko eta autsezbeteagoko 2.^{en} eta 3.^{en} klaseko 18 kohek. Egiazko ichaso bat giza-buru ikusitzen ziran leiotillaetatik; eta beste ichaso bat esku porchaz siñuka ari ziranak. Aurpegi belchoak, begi distiari beltzak, kolore bereko illea izerdiarekin kopetari isatsia, ikatzez beztutako matra-

llak, azkazal beltzez errebitatuak, eraztun lodiz apaindutako beatzak, sedazko lepoko kolore argizkoak, zenbat mantaliña urratu, zimilorrezko eraztun beztuakin estututako lepobilkaiak, paperezko dizegilleak chilistachoz erdieztaliak, ikuserazten zituztelarik or ta emen beatz zikin eta izerditsuen siñaleak, ertz zabalezco zapel urdiñarreak, emakume lodiak ur arrea botatzen chularme guzietatik eta iskanbillak eta beroak tontatutako aurrak, begitarte zimurtuak eta bekoskodunak, aurpegi argiak eta lotsagabeak, emakume bigotedunak eta larranz ubelduzko gizon bizargabeak, neskach ederrak eta atso nakaskarriak, eskusaski beteak botella baten lepoa agira zala, erdiustutako saski izugarriak zaukazkitelarik janaria eta oñetakoak alkarukitzen, urmurkoa, zatoak, makill bilgoak, euriztalak eta itzaldiak eta gitarra batzuek; orra or begiratze batean trenean ikusten zana.

Jende pilla ura dana, berez ongiazigabea eta oituraz zikiña edo gaizkitzēgiña, beroakin, jende-metaerakin, zurrutakin eta bidajeko berritasunarekin eziñegona, Lega-

nestik iges egiña zirurien. Itz-astunak eta loitasunak egaatzen zuten aoz ao, chaloak eta parrak eraziaz beren moldakaitzkeri eta itsuskisunaren araberan. Guzien tartean begira erazten zuen, eguzkizko begiak eta ortz chikiak eta oso zuriak zituen amazazpi urte inguruko neskatilla batek, zeña mintzatzen zan egiazko zorroztasun afrigarririkin, soldaduen zaitzategi batean bezela, ez det sekula ikusi inpernuzko ao politagorik. Aren ondoan desaotzen zan ollandatzar bat estazioko mutill bat igaldetzen non zeuden echekoandraentzat komunak. Adierazo ziozkan mutillak eta echandreak eranzun zuen.—Bada seme, para ziñitzakete illargian; ezerezkeri baterako ez naiz ni ibilliko zazpi ordu. Eta ireki zuen atechoa, jechi zan bidera, eta aurpegia kocheeronz itzulia kukurizkatu zan lurrean aiñ egoera jakiña artuaz. Orduan, bai, esan zirala gauzak! mingaiñ bokoiza oñazpikoan biurtu zan, ao lakoitza likiskirien sumeskan, eta ojuak eta chistuak errebitandu ziran, echandreak parrealgaraz jarraitu zion bildurrik gabe bere egitekoari, eta alchatu

zanean eskatu zuen baso bat ur:—izualdia irago dediñ, esan zuen. Ajolakabeko eche-koandraren koche berean zijoan, eztijario, aide, edo gisa orretako bat, ichuraz beintzat, len esan degun neskatill mingañzikiñaren urbilchoan zijoalako, zeña erreparatu zan aztalak agirian zeuzkazkiten lisiba-jotzalletan eta bere lagunai adierazu zien ikusgarri gozotsua. Berriro ojuak, chistuak, itz-astunak, eta lore likichak erreka neskachai zuzenduak; okerrena da eztijarioak esan izan bear zuela neskach aetakoren bat ederra zala, zeren bere ondoko neskachgoisokaria aserratu zan eta asi zan belarriak gortutzen zituen ojuakin lotsagabekeriak aei esaten, lagundutzen ziotelarik beste gizon eta emakume batzuek, gañerakoak zalapart aundia paratzen zuten bitartean aztal agirien gañean, ainbesteraño, ezik neskach gaisoak, lobelar batzuek baña gorriagotuak eta lajaturik saski arropak, jua ziran estazio atzeko igeslekura.

—Eziñ ditekeana dirudi ointzar oriek onirszteia iñori. Jea! emen dago gauz-onal Madrill guzian ez da arkituko beste atabal-

chochik nereak bezelakorik! esaten badizut azukre koskorchoak dirala! aji egin zuen neskach-goisokariak eta para zuen leiotillaren ertzean bere ezkerreko oñchoa, chiki chikichoa, Madrill-tarrarena baña chinotarrarenagoa, kafesne kolorezko gañ-tela eta charol beltzarekin egindako botiñez jantzia.

—Biba gauz-ona, Praiskacho, oju egin zuen beste ursutuzko boza zuen eztijario batek, eta gitarra bat arturik, zirrin-zarran bat gaizki jo ondoren, kantatu zion gaztelaniaz:

Eiztari erneak du
Gauaz eizatutzen;
Erbiak ditu onla
Oian arrapatzen,
Ta baldin tirakaiak
Ezpaditu galtzen
Ulkitu gabe ez du
Sekula utzitzen.

—¿Baña ikus dezute esan zuen egiazko bale andaluz, echekoandre pisegilleak, zenen lotsa guchirekin erakusten duen sagardo iskin onetako neskachak beste toki ba-

tean bere eskongaiari bakarrik erakusten zaiona? Esaten didate Barrameako San Lu-karren ordi baña apaiz geiago dirala emen, nola ez da bat moldesiak agintzen duena oriei esateko?

—Baña ez du ikusten, andre Simona, nola emen ez diran Flamenkoen izkuntzaz mintzaten eziñ dutela alkar aditu? Eta ga-ñera begira beza nola datorren apaiza erre-kondoan paseatzera; seguru nago inpernu-ko karlistatzar orrek zentimetroak guchi gora bera badakiela, zein dan premileizde-ko aztalik lodiena. Jo zak, Josecho; zuret-zat, Bikario Jauna.

Eta garrasika eta gorputza erdiaterean kanpora, neskatillak kantatu zuen.

Apaiz bati zioten
Venuseko gerran
Zintzur ondoan iru
Labañazo eman;
Larri aundi batetik
Gertoi estu ontan
Mercurio Jainkoak
Ateratu zuan.

Demostenesen eta Mirabeauren itzaurre

ederrenak, etzuten egiazki izango, Prais-
kachoren seguidillak baña chalo aundia-
goak; bidajari guziak urbildu ziran atecho
eta leiotilletara; eta besoak aterata, mugit-
zen zituzten airean zapelak, chanoak eta
eskuzapiak, eta beste batzuek jotzen zuten
makilla ta eskuakin surean zezen bati dei-
tzen bazioten bezela. Apaizak, oso aserra-
tua, itzuli zuen bizkarra eta artu zuen zelai
zearretik Billaprankara dijoan bidechigor
bat; etzituen noski lau pauso eman ona non
datorkion bizkarrera bidajari aetako batek
tiratu zion naranja erdia.

Ikusgarri oni denari begira denbora aun-
dian egondu zan mikeletea eta naranjazoa
ikustea *arrain* gogor bat bota ondoren ur-
bildu zan kochera eta mintzoera indartena-
rekin eta sosegu esan zuen, nolapaiko er-
daran:

—Josta nai badezute, ongi egitea dezute;
baña ezaiozute burlarik egin jendeari eta
alaere guchiago apaizari naranja azalak ti-
ratuaz eta....

—¿Baña zer dio osaba kapelu gorri orrek
bere bizkai trapuzko izkuntzarekin?

—To, zer esango diñ! errespeta dezagula apaiza. Bere aita ote da?

—Baña ori ez da apaiza, ori da sebo kandela bat ¡Tira zaiozu naranja oso bat, Mingañ-luze, ia ausitzen diozun zapel-luzea!

—Zure aurrean nagoen bitartean ez diozu tiratuko muturreko bat ezpadek artu nai beintzat.

—Ai zazu, pardeltzarra; ken zaitez aurretik, zeren illargi aurpegi orrekin ez didazu utzitzen eguzkia ikusten; esan zuen Prais-kachok.

—Zaude isillik aurra, zeren ikusi dezun aburoena artuko diot lebitaren neurria sagardu orri. Ez dio bada ukabillazo bat emango didala? nai nuke ikusi ori. Nere bizi guzian beiñ bestetan ez du iñork izan ausartarik beste orreinbeste esateko! Zoaz ortik, gatz gabeko gizona, eta etzaidazu jechi erazi zure tripak garbitzera purgarik gabe.

—Zer uste dezu zure labañaren bildur naizela? Jechi ari nai badek, ikusiko dek zenen azkar artuko dekan urean bañu bat eta errepreskatuko dekan arrabia.

Punthu artan gitarrajotszalle estijarioak, zeña egon zan ezer esan gabe errierta aditzen, eta noizean bein zato batetik ardoa edaten, leiotillatik burua atera zuen, eta bota zuen mikeletearen aurpegira ardoakukara bat, esanaz:

—Ardoa doa!

Suak artua igo zuen mikeleteak kochearen euskarira eta oratu zion eztijarioari. Orduanche bertan jo zuen eskillak, chistu egin zuen erazgilleak eta trena abiatu zan bere bidean. Koche aetakorren batean asiziran kanta irigoki au kantatzen,

Lolaren atorra zuen
Chulo batek eraman
Lolacho etzan azaldú
Baña atorra agertu zan.

Mikeletea, euskaritik jechi gabe, ez dakit ezin zuelako edo itsutua zegoelako, egoera berean juan zan piska batean. Trenak irago zuen estazioa, mikeletea lurrera erorizanean aurpegia odolez beterik; kocheko batek, inor ez daki zeñek, tiratu zion labañazo bat lepora; eskerrak ustekabeko bu-

ruaren mugiera gogor bati labaňak eritu zuela masallan, ustekabe doatsu orri zor zaio kuchillazoa, tiratu zuenaren griña gaiztoren kontra, etzala izan illkorra.

Trena lasterka urrutiratzen zijoan: mugitariaren ke mordoak eta chingarrak gloriazko argi-korua ziruriten, burnizko biduziaren birikak bere birtatsiakin gortutzen zuten tokartea; trenak bide okerrean sartzean, sugarrasta izugarri bat zirurien, zenaren erraietatik irtetzen ziran ezin kontaala giza-ots. Eskerrak jendadi denetan ikusten dan elkarren antza izan naiari, orain bidajari guziak kantatzen zuten denak batean Lolaren kantuaaren azkena, Madrilgo jende-che garbiezaren ispillua.

Trena bere lasterrera geituaz, sartutzen zan Gipuzkoan barrena. Iruditzen zitzaidan ikusten nuela aurreratzen loiezko ichaso baten baga geratezgarria, guzia urpetu eta beztutzen duen ur izurkaiezko trapas nekatezgarria. An zijoatzen galai-eztjarioak eta neskach-goisokariak itz zikiñ bat sareraztera, itz arnegari bat ereitera, anti-ziñako oitura bat iltzera, bertako jantziera-

ren zatiren bat besteren batekin trukaeraz-
tera, itz batetan, euskalerraren kolore gar-
bien gañetik berdintasunezko arroki usain-
dua pasatzera! *Onek ilko du ura*, nik ere
nion, Zelaiarango nere baserriari begi ne-
gartsuakin begiratuaz, zeñak orduanche,
Sartaldeko eguzkiaz gorritua, inchaur-ar-
bola tartetik alchatzen zuen zerura, bere
sukalde gaisu eta prestuko ke-pilla urdiña,
incensuontzi bateko usaigozooa goratzen
dan bezela, errezoaren egoetan.

CLAUDIO OTAEGIKOAK
euskaratua.





DENBORA ANCHIÑAKOEN ONDO-ESANAK.

(Leyenda premiada en los Juegos florales de San Sebastian
con la escribanía ofrecida por la Exema. Diputación.)

Octaviano,
Mundako jauna,
Lekobidi
Birknikoa.

(LELO KANT.)

Nere ama eta amona andre A. de J. eta G. de J. maiteai.

Gaba zan. Egun argan berean lege go-
gor, kaltegarri eta bidegabe batek,
ezoriontasun eta onorea Euskaldunai
kendu izan ziezten. Ni, eche-balkoyan sos-
tengatua, Kastillako zelai latzari begira
nengoen. Negar malkoak nere aurpegiya

bustitzen zuten, eta biotz gaisoak, miñaren ezpat zorrotzaz zulatua, ojuka eta ayezka bere aserre biziya agertzen zuben. Ah! zein ederrak ikusten ziran illargi ta izarrak zeru garbi urdiñean, eta bitartean, zenbat suspiriyo, atsekabe eta illuntasun euskal-erri maitiarentzat! ¡Ay!—nigan esaten nuben tristiró—gaur dena galdu da; danbolin-soñuak, artzai-irrintziak, neskach-panderoak, erromeri-tuntunak, ola-dunbot-sak, betiko isildu dira euskal-erriko mendietan. Onen orde, ama guziyak ikustean beren seméak urteoro lapurtu dizayeztela, esango dute:—¿Nun dira orain fueroak?—Eta nik, orregatik, galdetzen det orain: ¿Nola salbatuko gera, Jaun-Jaungoicoa, gu euskaldúnok?

Bat batetan, zuriz jantziya, lorez koroatua, eguzkia baño dizdizariagoa, etorri zan aingeru bat, zeruko usoa bezala, nere alderá, esanaz:—Ez ikaratu; atoz nerekin; denpora anchiñakoen Aingerua naiz; nik erakutsiko dizut tranze estu ta larrietan zer egin oi zuten zure asabak. ¿Nai dezu, ori ikustera, nerekin etorri?

—Bayetz,—nik eranzunik, aingeruak, ama batek bere aurchoa artzen duen bezala, artu ninduen, eta zabaldurik bere egal zuria asi zan egaka, autsirik zeru urdiñaren zabaltasuna.

Goiz errañuak mendi tontorrak urreztatzen dituztenean, choriandra, lur illuna utzita, igotzen da zeruraño argiaren billa; eta gu ere, choriandra baño ariñago, ginjoazen anchiñako denporai bere goarpea (1) ateratzera. Ez det iñoiz aztuko Aingeruak neraman bitartean ikusi nubena! Nere buru-gañean, zeru izarratua, Jaungoiko almentsuaren lanik ederrena; azpiyan, lurra, gizonen ziega eta glori betikoerako bide negargarriya. Emen zillarezko ibai bat; an mendi goi batzuek; piska bat urrutichiago arkaiz idórrak, baso larratsúak, ujol apart-súak, ibar beltzak eta beste asko gauza naspillatúak, eta urruti urrutiago ere ichaso zabal, ekaizdun eta mugikorra.

Bost ordu eta geyago egatu ezkeru, chimista odoyetatik erortzen dan moduan, jechi giñan gu ere lurrera. Lambro lodi ba-

(1) *Goarpea, secreto. Vide Larramendi, Dice. tril.*

tek inguruko leku guziyak estaltzen zituen, baño aize mee, garbi eta lurrinduak, esaten zidan:—Poztu zaite, Euskal-errian zaude.

Aingeruak, bere bi eskuak zerura alchaturik, ots egin zuben;—Euskaldun illak, esna zaitezte; zuen obietatik jaiki zaitezte; atozte kaporá.

Itz óyek esan bezain láster, lambroa urratu eta bereala agertu zan zelai bat basoz eta mendiz ingurutua. Orra orduan ikusi nabena!

Jende talde batek, aritz adartsu eta azkar bat ingurutzen zuben; an gizon, emakume, mutill, neskach eta aurrak ikusten ziran, denak abere basatarren larruz estaliyak. Gizónak, Kantabroen ezpatak zinzilika soñeko beltzen gañean, ille luzea lotugabe bizkargañean, eta oñ zabalak abarkaz estaliyak; emakumeak, berriz, soñeko zuriyakin, ille chirikordatuak bizkarretik bera eta oñ utsean.

Gizon eldu batek arbolaren sustrayak eserlekutzatzituen. Bere soñeko, zai-makil eta abarkak artzayénak ziran, baño bere aurpegi eta era jakintsuarenak.

Agurearen aurrean. Erromatar, gerrari bat beste azkoz ingurutua, zegoen zutik, beren urrezko arma eta lantzak distiatzen zutela. Gizon arrotz ayek, beren jantzi eta arma baliotsoakin Erregeak ziruditen Euskaldunen ondoan.

Agure eta gerrari ark luzaro mintzatu zuten latíñez elkarrekin, eta azkenean, arrotzak biloruski bat agertu zuen, esanaz:—«Ara, Erromako buruak zer dion», eta asi zan irakurtzen bereala era onetan:

«Octaviano, munduko Jabe eta Erromako Enperadoreak, Uchin-Tamayo, Begaiñ-Arrakill, Lekobidi, Lartaun, Zara, eta euskaldun buruzagi eta andizki gañerakoai, osasuna. Jano jainkoaren eliz-ateak beindik betiko ichitzeko ordua etorri da. Jainkoak nai dute Enperadore jainkozkoen aginte-pean bizi dedilla mundu osoa. Asia, Afrika, Europak, badaramate erromatar uztarria, baño Hispaniako bazter urrutietan, berari zor diona pagatu eta emangabe, dierri chiki bat batek bakarrik betirautendu. Ni, jainkoen gogoak betetzeko jayo naiz. Orretarako, soldadu talde oñez eta

zaldizko aundi bat bildu det Kantabria-ko ichas-kostetan. Ala ere, mundu osoari agertu nayeon nere kupida, guda asi baño len bialtzen dizutet oliboaren erramua.

»Luzio Serjio, gizon argi eta chit jakintsu, nere mandatariak, esango dizute nola irichi daiteken Erromaren adiskidetasuna. Nik eskeintzen dizutet bakea; arzazute bada, ¡oh Euskaldunak! Beztela, ez dira ikusiko Euskalerrian ilkintz izugarri eta ondamen negargarriya baizik.

»Jupiter Kapitolinok gorde ditzala zuen biziya. Portu-Victorian Marchoaren iduetan, gure Konsuladuaren zortzigarren urtean. Cesar Augusto, Enperadoreak.»

—Zer? Uchin-Tamayo, eskutitz zital ori irakurtzeko bildu gaituzu?, otsëgin zuben gizon azkar batek. ¡Chimist eta turmoyak! Ni eta nere guraso eta aurrekoak beti bizi izan gera uztarririk gabe mundua mundu danetik, eta nik, era berean, nai det ill.

—Bai, bai, Begaiñ Arrakill. Guk ere zuk bezala uztarririk gabe nai degu bizi ta ill, —deadar egin zuten batzarrekóak.

Uchin Tamayok, keñu bat esku eskukoarekin eginda, esan zuben:

—Adi nazazute, anáyak: oraindik ez det bukatu. Euskaldun gaiztoa ote naiz?

—Ez, jauna, ez: barka zaguzu.

—Nik itzegin det Erromako mandatariyarekin, eta orrá zer dion:

«Euskaldúnak Erromako Enperadoreari emango dizkiote urteoró zortzireun mutill azkar eta berreun neskach eder: mutillak, indartsuak diralako, Emperadore jainkozko gorputzaren soldadu zaitzat, eta neskáchak berriz, Enperadorearen emaztearen serbitzaritzat. Batzuek, Erromako nagusiaren bizi eztimagarriya gordetzen, besteak jauregiko zikinakeriak garbitzen, artuko dute,—Erromatarrak dionez,—lurrean dan onorerik aundiena.

Nola, Euskaldúnak, ¿ez zerate poztutzen berri onekin?

Orduan iskanbill aundi bat sortu zan jendeartetik, eta denak ojuka, irrintzika eta chistuka asi ciran. Jendea isildu zanean, Uchin Tamayok itz egin zuben onela:

—Adi zazute, arren, anáyak, Erromata-

rrak diona. Orres gañera, Enperadoreari eman bear dizkiogu, urteorò ere, sei milla zillarrezko diru, eta bosteun idi, eta bi milla ardi, eta laureun bei, eta zortzireun urde, eta....

—Eta illargia edo eguzkirik ez?, galdetu zion artautsirik Begain Arakillek.

—Geyago, geyago ere, anaya, (eta au, eskatzen du beindik betiko); eman bear diogu gure arbola beneragarriya.

—Zergatikan gizon bidegabe orrek ez dizkigu eskatzen gure bularreko biotzak eta gure sabeleko errayak?—esan zuben Lekobidik.

—Kanpora Erromatarra, kanpora,--deadar egin zuten batzarrekòak.

—Oraindaño entzun dituzute leoyaren itzak: orain datoz azeriarenak; aurki, otsoarenak. Gu, Erromatarren agintepean jarri ezkerò, izango gera chit zorionekòak, mandatariyak dionez. Gaur bizi gera basurdeen gisan mendietan, bigar biziko gera aberats eta aldúnak urietan: gaur, larruz jantziyak gabiltza, bigar ibilliko gera sedaz ederki apainduak; gaur chaboletan bizi ge-

ra, bigar jauregietan; gaur jakiñezak gera, bigar jakintsuak. ¡Sar gaitezen, bada, urrezko kayol orren barruan!

Bestela, Cesar Augusto etorriko da bere soldadu-talde aundiakin, eta gizon-emakumeak illaz, aur-neskachak salduaz, chaolak erreaz, landariak ateriaz, Euskal-erri guziya ondatuko duela bere izena borratu arteraño! Esan zadazute oraiñ, lagun maitteak, zer egin bear degun.

—Ill, ill! denak deadar egin zuten, eskuak zerura alchatuaz.

Itz au zartatu zan turmoi burrunbadaren antzean; oyarzúnak esnatu, mendiak dardaratu, arriak zarrakatu, basóak ikaratu eta ibáyak Pirineo zurietatik ichasoronz saltoka amildu ziran, esanaz: «Ill, ill, Euskaldunak.»

Uchin Tamayok, alchaturik orduan, latíñez esan zion Erromatarrari:

—Erdalduna, zoaz emendik ta esan zayozu zure nagusiari, mutill, neskach, diru, idi, ardi, bei, urde eta gañerakoen billa etorri daitekela; guk ichedoten diogu gure mendietako burniak eskuetan arturik.

Erromako mandatariyak, biziro aserraturik, orzkatu zituen bere ezpañak, eta.

—Itzuliko gera, oh zorigaiztoak—esanik —joan zan bere soldaduz jarraitua.

Ez da erraz esatea zenbat Euskaldúnak poztu ziran Erromatarren joatearekin. Ordea, Uchin Tamayoren bekokia illundu zan.

—Agintari ohoragarriya, esan zaguzu zerbait; danok nai degu zure boza aditu,— esan zuben Begain-Arrakillek.

—Ene seméak, erantzun zion Uchin Tamayok,—ez dezaket, nastua nago; atseginak itotzen nau ta oñazeak biotza erdiratzen dit. Badakit Euskaldun onak zeratela... baño Euskal-erri doakabea!

Eta agureak, itz oyek esanda, bere soñekoak urratu zituen.

—Esan zaguzu, arren, zerbait,—askok berriz esan zioten.—¿Zergatik zure begiai malkoak dariote?

—Nigar egiten det, ikusten dedalako Euskal-erriaren ondamena datorrela. El-karterik gabe indarrik ez da. Kanpotikako etsaya chit aundiya izanik, oraindikan ere

eche barruan besterik daukagu. Denbora batean, Euskaldun guztiyak anáyak ziran; bake gozoan bizitzen zan gure mendietan; gaur etsayak gera, ura eta sua bezala. Eta nik, zartu ta erdi-illik, ikusiko det nere erri maitearen galera, ala nola artzai argal batek ikusten duen bere artaldea otso lapurrak triskatua.

—Ez orrelakorik, ez, jauna, ni bizi naizen artean;—esan zuen agure urtetan chit aurreratutako batek, irtenik jende talde artatik eta joanik Uchin Tamayoren ondorá. Gorputz makurra eta bizar luze zuri-zuri gerrirañokoa zituen; segurki etzan Euskal-erri osoan beste gizon bat hura bezin zarra eta tristiagorik.

—Atoz, atoz, Zara, baldiñ badezu biotza, —ots egin zuben.

Itz óek adituta, denak ikaratu eta isildu ziran.

—Salba gaitzazu, Jaungoikoa! esan zuben beregan Uchin Tamayok.

—Zara, Zara, atöz!—ots-egin zuben berriró agureak;—nik Lekobidi, Leloren aitak, itz egin nai dizut erri guziaren aurrean.

Orduan, gizon alai eta ornitu bat, ogei ta amar urtekoa bezelatsu, alderatu zitzaion, eta besoak gurutzeturik, esan zion:

—Emen nago, itz-egin zazu, jauna.

Lekobidi, Zara ikusi zubenean asi zan ikaratzen, eta lurrera ez bazan eroriko, Uchin Tamayoren zaimakillan bere gorputza sostengatu bear izan zuben; baña gero doidoia zuzpurturik, itz-egin zion onela:

—Anchiñako oroipen belzak, atozte laster gogora, ez lurrak izutzeko, ezpada etorkizunaren onerako! Adi nazazu, Zara.

—Lelo nere seme kutuna eta zu, adiskidetasun aundian bizitzen ziñaten. Bein batean, joan ziñaten biak Urbasako mendietara eizera, eta gabeen, agitz nekatúak eta elurrez bustiyak, Arañazko gazteluaren ateetan jo zenduten ostatu eske. Begaiñ-Arrakill gazteluko jaunak agindu zuben atea idiki zizazkizutela, neguko gau ots hura estalpean igarotzeko. Sartuta sukaldean, nun arbola osoak erretzen zeuden, ezagutu zenduten Begaiñ-Arrakill jauna chit altsu eta aberatsa zala, jende asko an

zalako. Menditar ayen artean, neskach eder lirañ bat, illargiya baño zuriago eta eztiya baño gozoagoa, zegoen iruñten. Eseri ziñaten su alboan soñekoak legortzeko, ta orduan neskachak, ontzi bat arturik, alderatu zitzaizuten, eta—«ongi etorriak, jaunak»,—esanaz, garbitu zizkizuten oñak.

Begien ichi-idiki batian, biak erokiró maitatu zenduten. ¡Amore negargarriya, ainbeste ondamen ekarri zubena!

Usoa zeritzon neskach arek Lelori eman ziozkan bere biotz eta eskua.

Orduan, orduan bai, Zara zure animan gorroto eta inbidiya sortu ziran. Estayen pesta aundiak bukatu baño len, gabaz nere semearen echean sartu ziñan, eta bera lo zegoela, ill zenuen eta ebatsi ziñion bere emaztea. ¡Legautsi izugarriya!

Lelo Bizkaiko (1) Jauna zan orduan bi urterako, eta Batzarrak kondenatu zinduen

(1) Perdónese al autor el empleo de los nombres actuales de las provincias basco-navarras, en gracia de evitar confusas y pesadas perífrasis. Además tampoco existen razones que prueben categóricamente que estos nombres no se usaban en tan remota antigüedad. La probable autenticidad del *Canto de Lelo* confirma la opinión de su uso.

iltzera; baña zuk, aide eta adiskidearen laguntzarekin, meziprezatu ziniñtuen Batzarrearren lege guztiyak. Ordu ezkeroztik etorri dira gure gain ainbeste kalte.

Nik, menderatzeko Lelo nere semearen eriotza, bildu nituen nere zerbitzariyak, eta zure echea erre, zure artaldéak lepozmoztu, zure alórrak desegiñ, zure basóak ebaki, eta azkenean, zure bost anai itsasita urkatu nituen bere amaren eche-aurrean. ¡Egite negargarriya, zurea baño chikiagoa, aundia izanik ere!

Berri oyek aditurik, Euskal-erri osoa nastu zan. Zure alde Araba, Ipúzcoa eta Bizkai-erdia; nere alde, beste Bizkai-erdi, Naparroa eta gañerako euskaldunak, armak artu zituzten. Orduandanik, gure artean alkar-arteko gerrák badirau. ¡Madarikatua izan zaite Leloren erallea!

Baña ez; eroa nago. Barka nazazu, arren. Euskal-erriaren onerako aztu gaitezen egun igarotakoaz. Nik ere, bidegabéak egin dizkitzut..... barka nazazu, arren, Euskal-erriaren izenean. Eman zadazu eskua; musu eman nai dizut, eta nere semearen

odola badu, nere negar malkóak garbituko dute.

Eta Lekobidi belaunikatuta asi zan Zararen eskuari musu ematen.

Ikusgarri miragarriya! bere semearen erallearen eskua musu ematen duen aita batek!

Batzarreko guztiak negar egiten zuten, eta zerua, odoyez illundu zan, hura ez ikusteagatik.

Zarak, bere bi eskubaz aurpegiya estali zuben; bere bularra zizpuruka gora eta beerá zebillen, ola baten auspoa bezela. Azken azkenean, deadar egin zuben:

—Barka nazazute, Euskaldúnak. Ni errundunik aundiena naiz. Baño zu, aita gaisoa, jaiki zaite autsetatik; ez da ori zure lekua, eta utzi zadazu zure oñai musu ematen.

Zara makurtu zan auspez jartzeko, baño Lekobidik, alchaturik, eragotzi zion, esanaz.

—Atoz nere besoetara, ene semea! Elkar gaitezen dénok Erròmatarren kontra.

Eta bi etsayak laztandu ziran.

—Elkar gaitezen dénok, elkar gaitezen,—

pozez beterik ots egin zuten batzarrekóak; eta etsaitasunari azken agurrak emanda, baita ere laztandu ziran.

Ber-berean, emakume eder gazte bat arkaitz gañera igo zan, eta urrezko arpa bat jotzen asi zan;

—Iso, iso,—esan zuben Uchin Tamayok:—adi dezagun Aitorren alabaren kantua.

I.

—«Otsoak—Aitorren alabak kantatu zuben—otsoak basoetan biltzen dira; goseak datoz janariaren billa, eta beren marruaz inguruko oyarzúnak esnatzen dituzte. Gaur gabean, arzáyak lo egingo balute, artalde guziyak ondatúak izango lirake. Baña *echeko-jauna bere atearen aurrean zutik* ernai dago, *iriki ditu belarriak*, eta zorrozten ditu aizkor eta geziak Gorbeko aitz eta arrietan otsóak iltzeko. Ez dira, ordea, otsóak eldu diranak, ezpada »Erromatarrak.»

II.

«¿Zer nai dute gizon arrotz oriek gure
»mendietan? Etortzen dira gure ondra eta
»libertadea apurtzera. Ayek diote gure
»neskâchak ederrak eta gure mutillak in-
»dartsuak dirala; orregatik mundu ja-
»bearen serbitzorako eraman nai dituzte.
»Euskal libertadeen arbolak munduari esa-
»ten dio:—«agitz beldurtia zera»;—orrega-
»tik nai dute ebaki. ¡Atzera Erromatarrak!
»Jaungoikoak mendiak egin dituenean nai
«izandu gizonak etzitzatela irago.»

III.

«Eldu dira! eldu dira! zer lanzazko sasia!
»Ayen kontatzea denboraren galtzea litzake!
»Gu gichi gera, baño batasun egiñezkeroz-
»tik, ez diogu iñori bildurrik.

IV.

«Erromatarrak burniz estaliyak gorput-
»zak dakarzkite, gureak billosak daude. Igo

»gaitezen goyetará. *Errotik atera ditzagun*
»*arkaitz oriek; amildu ditzagun mendien bee-*
»*ra, beren buruen gañera. Lertu ditzagun,*
»*eriotzaz jó ditzagun. Eta gero, Erromata-*
»*rrak iges egiten dutenean, jachi gaitezen*
»*zelaitara eta jó ditzagun gure ezpat labu-*
»*rraz zabelean, gogor zabelean!»*

V.

«Begira, Euskaldúnak; illargiya, bere
»argi zillarreztua dariola ageri da zeru ur-
»diñean; eska zayogun Jaun Jaungoikoari,
»salba dezala Euskal-erriya elkartasunaren
»bidez.»

· Belaunikatu ziran denok eta auspez jarri-
rik, igo zan zeru goitsuetaño otoitz bat,
ichasoaren surmurraren gisan.

· · · · ·
· · · · ·
Orra emen, Aingeruak eracutsi didana.
«*Aditzeko belarririk dituenak, aditu de-*
»*zala.»*

ARTURO CAMPION.



LOS CONSEJOS DE LOS TIEMPOS PASADOS.

(TRADUCCION HECHA POR EL AUTOR.)

Octaviano
Señor del mundo,
Lekobidi
de Vizcaya.
(CANTO DE LELO.)

*A mis queridas madre y abuela D.^a Amalia de Jaime-Bon
y D.^a Cayotana de Iñarra.*

Era de noche. En aquel mismo día una ley dura, perjudicial é injusta les había arrebatado á los bascongados la honra y la felicidad. Yo, apoyado en el balcon de casa, estaba mirando la áspera llanura de Castilla. Las lágrimas

me mojaban el rostro, y el pobre corazón agujereado por la aguda espada del dolor, manifestaba su viva cólera con gritos y suspiros. Ah! cuán hermosas se veían en el puro azulado cielo, la luna y las estrellas! y mientras tanto, cuántos suspiros, disgustos y tinieblas para la querida Euskal-Erria!—Ay!—tristemente decía para mí,—hoy todo se ha perdido; los sonidos del tamboril, los *irrinzis* de los pastores, las panderetas de las muchachas, las dulzainas de las romerías, el estruendo de las fraguas, se han callado para siempre en los montes de Basconia! En lugar de esto todas las madres dirán cuando vean que anualmente les roban sus hijos:—Dónde están ahora los fueros?—Y yo, por eso, pregunto ahora:—Cómo nos salvaremos oh Dios, nosotros los bascongados?

De repente un Ángel vestido de blanco, coronado de flores y más brillante que el sol, semejante a una paloma celeste vino a mi lado, diciendo:—No tiembles; ven conmigo; yo soy el Ángel de los tiempos pasados; yo te enseñaré lo que tus abuelos

solian hacer en trances apretados y difíciles. Quieres venir conmigo á ver eso?

Habiéndole respondido que sí, el ángel me tomó en sus brazos como una madre lo hace con su hijito, y estendiendo sus blancas alas principió á volar rasgando la inmensidad del cielo azul.

Cuando el rayo del sol dora las cumbres de los montes, la alondra, dejando la oscura tierra, sube hasta el cielo en busca de la luz; nosotros tambien, pero más rápidos que la alondra, íbamos á arrancar su secreto á los tiempos antiguos. No olvidaré nunca lo que ví mientras el Angel me llevaba! Encima de mi cabeza el cielo estrellado, obra la más hermosa del poderoso Dios; debajo la tierra, cárcel del hombre y camino lacrimoso de la eterna gloria. Aquí un rio de plata; allá algunos elevados montes; un poco más lejos áridas rocas, espinosos bosques, espumosos torrentes, negros valles y otras muchas cosas revueltas y confusas, y más lejos, más lejos aun, el ancho, tempestuoso y movible mar!

Despues de volar más de cinco horas,

bajamos á tierra de igual manera que los rayos caen de las nubes. Una espesa niebla cubría todos los lugares de nuestro alrededor; pero un aire sutil, puro y perfumado me decía:—Alégrate: estás en la Euskal-Erria.

El Ángel, levantando hácia el cielo las dos manos, gritó:

—Euskaldunas muertos, despertad; levantaos de vuestras tumbas; venid á afuera!

Tan pronto como dijo estas palabras la niebla se rasgó y enseguida se descubrió una llanura rodeada de montes y de bosques, Hé aquí lo que ví entonces!

Un tropel de gente rodeaba á un roble copudo y vigoroso; allí se veían hombres, mujeres, mozos, muchachos y niños, cubiertos todos de pieles de animales salvajes. Los hombres llevaban la espada cantábrica colgando sobre el negro vestido, los cabellos largos y sueltos por la espalda y los anchos piés calzados con abarcas; las mujeres, á su vez, tenían trajes blancos, trenzas colgando y los piés descalzos.

Un hombre anciano estaba sentado á la sombra del roble sobre sus raíces. Su traje,

cayado y abarcas eran de pastor, pero su fisonomía y aspecto, los de un sábio.

Delante del anciano, un guerrero romano, rodeado de otros muchos, estaba de pié; sus armaduras de oro y sus lanzas brillaban. Estos hombres extranjeros, con las armas y vestidos valiosos que llevaban, parecían Reyes, comparados á los Bascongados.

El anciano y el guerrero hablaron largo rato en latin, y finalmente el extranjero sacó un pergamino diciendo:—Hé aqui lo que dice el Señor del Mundo,—y comenzó á leer de esta manera:

—«Octaviano, Señor del Mundo y Emperador de Roma, á Uchin Tamayo, Begaiñ-Arrakill, Lekobidi, Lartaun, Zara y á los demás jefes y próceres bascongados, salud! Ha llegado la hora de cerrar para siempre las puertas del templo de Jano: los dioses quieren que todo el mundo viva sometido á las órdenes de los divinos Emperadores. Asia, Africa y Europa llevan el yugo romano, pero en las apartadas regiones de España, un pequeño pueblo solamente per-

manece sin pagar ni dar el tributo que debe. Yo he nacido para cumplir los deseos de los dioses. Para eso he reunido en las costas de Cantábrica un gran ejército compuesto de peones y caballos. Aun así y todo, queriendo demostrar á todo el mundo mi piedad, antes de principiar la guerra os envío la rama de olivo.

»Lucio Sergio, hombre muy diligente y sabio, embajador mio, os dirá cómo se puede alcanzar la amistad de Roma. Yo os ofrezco la paz; acojeos á ella, oh Bascongados! De lo contrario no se verán en la Euskal-Erria más que matanzas y destrucciones espantosas.

»Que Jupiter Capitolino guarde vuestra vida. Portu-Victoria, en los idus de Marzo y octavo año de nuestro Consulado. César Augusto, Emperador.»

—Cómo, Uchin Tamayo, nos ha reunido para oír ese vil mensaje? gritó un hombre robusto. Truenos y rayos! Desde que el mundo es mundo, yo y mis padres y mis antepasados hemos vivido sin yugo, y de igual manera quiero morir.

—Sí, sí, Begaiñ-Arrakill, nosotros también, como tú, queremos vivir y morir sin yugo,—gritaron los congregados.

Uchin Tamayo, después de hacer un gesto con la mano derecha, dijo:

—Oídme, hermanos; todavía no he concluido. Acaso soy mal bascongado?

—No, señor, no; perdonanos.

—Yo he hablado con el Embajador de Roma, y hé aquí lo que ha dicho:

«Los Bascongados le darán anualmente al Emperador ochocientos mozos robustos y doscientas muchachas hermosas; los mozos, como que son fuertes, formarán parte de la guardia del Emperador y las muchachas; de la servidumbre de la Emperatriz. De manera que los unos guardando la estimadísima vida del Amo de Roma, y las otras limpiando las inmundicias del palacio imperial, recibirán,—según dice el Romano,—el honor más grande que hay en la tierra. Cómo, Bascongados, no os alegráis con esta noticia?

Entonces, de entre aquella gente brotó un ensordecedor estrépito, y todos comen-

zaron á lanzar gritos, *irrinzis* y silbidos. Cuando se calló la muchedumbre, Uchin Tamayo habló de esta manera:

—Escuchad, por favor, hermanos, lo que dice el Romano. Además le debemos dar al Emperador, y anualmente tambien, seis mil dineros de plata, y quinientos bueyes, y dos mil ovejas, y cuatrocientas vacas, y ochocientos cerdos, y....

—Y la luna ó el sol? preguntó incomodado Begaiñ Arrakill.

—Mucho más que eso, mucho más pide, hermano, (y esto lo pide de una vez para siempre) puesto que le debemos de dar nuestro *árbol* venerable.

—Porqué no nos pide ese hombre injusto los corazones de nuestros pechos y las entrañas de nuestro vientre? dijo Lekobidi.

—A fuera el Romano, á fuera, gritaron los de la asamblea.

—Hasta ahora habeis oido las palabras del leon: ahora vienen las del zorro: luego las del lobo. Segun dice el Embajador, despues de ponernos bajo la jurisdiccion del Romano, seremos nosotros muy feli-

ces. Hoy vivimos en los montes á manera de jabalíes, mañana viviremos ricos y poderosos en las ciudades; hoy andamos cubiertos de pieles, mañana andaremos adornados con riquísima seda; hoy moramos en cabañas, mañana moraremos en palacios; hoy somos ignorantes, mañana seremos sábios. Entremos, pues, á dentro de esa jaula de oro. ¡De lo contrario, César Augusto vendrá con su gran ejército, y matando á los hombres y mujeres, vendiendo á los niños y muchachas, quemando las cabañas y arrancando los sembrados, destruirá toda la Euskal-Erria hasta borrar su nombre! Decidme, pues, ahora, queridos compañeros, qué debemos de hacer?

—Morir! morir! gritaron todos, levantando á lo alto las manos.

Esta palabra estalló como el estampido del trueno; los ecos se despertaron, los montes oscilaron, las piedras chocaron, los bosques temblaron y los rios desde el blanco Pirineo se precipitaron á saltos hácia el mar diciendo: «Morir, morir, Bascóngados.»

Uchin Tamayo levantándose, le dijo entonces en latin al Romano:—Extranjero, véte de aquí y dile a tu Amo que puede venir a buscar los mozos, muchachas, dineros, bueyes, ovejas, cerdos y demás cosas que pide; nosotros le esperamos con el hierro de nuestras montañas en las manos.

El Embajador de Roma, vivamente encolerizado, se mordió los labios y diciendo

—Volveremos, infelices! se fué, seguido de sus soldados.

No es fácil decir cuánto se alegraron los Bascongados por la marcha de los Romanos. Sin embargo, la frente de Uchin Tamayo se oscureció.

—Jefe venerable, dinos alguna cosa; todos queremos oír tu voz,—dijo Begaiñ Arrakill.

—Hijos míos,—le contestó Uchin Tamayo, no puedo, estoy agitado; el júbilo me ahoga y el dolor me parte el corazón. Sé que sois buenos Bascongados..... pero ay de la Euskal-Erría!

Y el anciano, habiendo pronunciado estas palabras, desgarró sus vestiduras.

—Dinos, por favor, algo—nuevamente le suplicaron.—Porqué les manan lágrimas à tus ojos?

—Lloro porque veo que llega la destruccion de la Euskal-Erria. Sin union no hay fuerza. A pesar de ser muy grande el enemigo de fuera, todavia tenemos otro dentro de casa. En algun tiempo todos los Bascongados eran hermanos; en dulce paz se vivia en nuestras montañas; hoy somos enemigos como el agua y el fuego. Y yo, viejo y medio muerto veré la perdicion de mi querida tierra, de igual manera que un pastor débil vé à su rebaño destrozado por el lobo ladron.

—De ninguna manera, señor, mientras yo viva;—dijo un anciano muy entrado en años saliendo de entre la gente y yendo junto à Uchin Tamayo. Tenia el cuerpo encorvado y las luengas blanquecinas barbas hasta la cintura; seguramente no había en toda la Euskal-Erria otro hombre tan viejo y triste como aquél.

—Ven, ven Zara, si tienes corazon—gritó.

Al oír estas palabras, todos temblaron y se callaron.

—Sálvanos, oh Dios! dijo para sí Uchin Tamayo.

—Zara, Zara, ven,—gritó nuevamente el anciano;—yo Lekobidi padre de Lélo te quiero hablar delante de todo el pueblo.

Entonces un hombre rozagante y fornido, de unos treinta años de edad, se le acercó y cruzándose de brazos, le dijo:

—Aquí estoy; habla, señor.

Lekobidi cuando vió á Zara comenzó á temblar y para no caer á tierra tuvo que apoyar su cuerpo en el cayado de Uchin Tamayo; pero despues, recobrando poco á poco las fuerzas, le habló de ésta manera

—Negros recuerdos del pasado, llegad pronto al pensamiento, nó para espanto de la tierra, sinó para bien del porvenir! Óyeme Zara.

Lélo, mi hijo adorado y tú, en grande amistad viviais. Una vez marchasteis de caza los dos á los montes de Urbasa y cierta noche encontrándoos muy fatigados y empapados de nieve, pegasteis en las puer-

tas del castillo de Arañaz pidiendo hospitalidad. Begaiñ Arrakill, señor del castillo mandó que os abrieran las puertas á fin de que pasarais bajo techado aquella fria noche de invierno. Cuando entrasteis en la cocina, donde árboles enteros ardian, conocisteis que Begaiñ Arrakill era un señor muy rico y poderoso porque había allí mucha gente. Entre aquellos montañeses, una hermosa y esbelta muchacha más blanca que la luna y más dulce que la nieve, estaba hilando. Os sentasteis junto al fuego para secar vuestras vestiduras, y entónces la muchacha, despues de coger una vasija, se os acercó y diciendo—bien venidos, señores—os lavó los piés.

En un abrir y cerrar de ojos los dos la amasteis. Amor lamentable y que tanta destrucción ha traído!

Aquella muchacha llamada *Usoa* dió su corazón y su mano á Lélo. Entónces, entónces, sí, penetraron en tu alma el odio y la envidia. Antes de que terminaran las fiestas de la boda entraste de noches en casa de mi hijo, y mientras él dormía lo matas-

te y le robaste la esposa. ¡Crimen espantoso!

Lélo era entonces señor de Vizcaya para dos años, y la Junta te condenó a la pena de muerte. Pero tú con la ayuda de tus amigos y parientes despreciaste todas las leyes de la Junta. Desde aquel momento han venido sobre nosotros tantos y tantos perjuicios.

Yo para vengar la muerte de mi hijo Lélo reuní á mis servidores y quemé tu casa, degollé tus rebaños, arranqué tus sembrados, corté tus bosques, y finalmente, habiéndome apoderado de tus cinco hermanos, los ahorqué delante de la casa de tu madre. Accion lamentable, pero más pequeña que la tuya, aun con ser muy grande!

Al saber estas noticias toda la Euskal-Erria se conmovió. Alaba, Guipúzcoa y media Bizcaya tomaron las armas en tu favor; en el mio, la otra mitad de Bizcaya, Nabarra y los demás Bascongados. Desde entonces dura entre nosotros la guerra civil. ¡Maldito seas, asesino de Lélo!

Pero no; loco estoy. Perdóname por favor. Para el bien de la Euskal-Erria olvi-

démonos de los días pasados. Yo también te he causado injusticias;.... perdóname por favor, en nombre de la Euskal-Erria Dáme la mano; te la quiero besar y si tiene sangre de mi hijo, mis lágrimas la lavarán.

Y arrodillándose Lekobidi comenzó á besar la mano de Zara.

Espectáculo admirable! un padre que besa la mano del asesino de su hijo! Todos los de la Asamblea lloraban y el cielo se cubrió de nubes por no ver aquello.

- Zara se tapó el rostro con las dos manos; su pecho andaba de arriba á abajo suspirando, semejante al fuelle de una fragua. De pronto gritó:

—Perdonadme, Bascongados! Yo soy el mayor culpable. Pero tú, padre infeliz, levántate del polvo; no es ese tu puesto, y déjame que te bese los piés.

—Zara se inclinó para ponerse de bruce pero Lekobidi levantándole le detuvo diciendo:

—Ven á mis brazos, hijo mio! Unámonos todos contra Roma.

Y los dos enemigos se besaron.

—Unámonos todos, unámonos todos,— gritaron los congregados llenos de júbilo, y dando el último adios á las enemistades se abrazaron tambien.

En el mismo momento una mujer jóven y hermosa se subió á encima de una peña y comenzó á pulsar una arpa de oro.

—Silencio, silencio, dijo Uchin Tama-yo; oigamos el canto de la hija de Aitor.

I.

—«Los lobos—cantó la hija de Aitor— los lobos se reunen en los bosques; hambrientos, vienen en busca de comida y despiertan los écos de los alrededores con sus aullidos. Hoy á la noche si los pastores se durmieran, todos los rebaños serían destruidos. Pero *el Señor de casa, de pié delante de su puerta* está vigilando, *abre los oídos* y para matar á los lobos afila las hachas y los dardos en las peñas y rocas de Gorbea.»

II.

¿Qué quieren esos hombres extranjeros en

nuestras montañas? Vienen á pulverizar nuestra honra y nuestra libertad. Dicen que nuestras muchachas son hermosas y nuestros hombres valientes; por eso los quieren llevar al servicio del dueño del Mundo. El árbol de las libertades Euskaras le dice al mundo,—«eres muy cobarde»:—por eso lo quieren cortar. Atrás Romanos! Cuando Dios hizo las montañas no quiso que los hombres las franquearan.»

III.

Ya llegan! ya llegan! Qué zarzal de lanzas, se perdería el tiempo contándolas! Nosotros somos pocos, pero despues de realizar la union á nadie le tememos.

IV.

Los Romanos traen el cuerpo cubierto de hierro, los nuestros están desnudos. Subamos á las cumbres. *Arranquemos de raíz esas peñas; precipitémoslas del monte abajo, sobre las cabezas del invasor. Y despues, cuando los romanos huyan bajemos*

à las llanuras é hiriamosles con nuestras
cortas espadas *en el vientre, fuertemente en
el vientre.* (1)

V.

«Mirad Bascongados; la luna que derra-
ma su luz plateada aparece en el cielo azul;
pidámosle al Señor Dios que por medio de
la union salve à la Euskal-Erría.»

Todos se arrodillaron y se pusieron de
bruces y hasta el alto cielo subió una ple-
garia, semejante al murmullo del mar.

.

He ahí lo que el Angel me mostrò.

«*El que tenga oídos para oír, que oiga.*»

ARTURO CAMPION.

PAMPLONA 10 DE MAYO DE 1882.

(1) Las palabras subrayadas están tomadas del *Canto de Altabizcar*, excepto las finales de esta estrofa. De estas se cuenta que fueron pronunciadas en uno de los combates de la guerra cantábrica: Como los Romanos llevaban en el pecho coraza, los cántabros no conseguían causar bajas en las filas de sus contrarios y comenzaban à desanimarse. Entónces le ocurrió à uno de ellos gritar *en el vientre, fuertemente en el vientre* (*zabelean, gogor zabelean*) y puesto en práctica el consejo, dió la victoria à los montañeses.



CORRIGENDA.

Pág.	Lin.	DICE.	LEÁSE.
3	10	únicamente gracias	gracias únicamente
8	14	Luego el <i>aitona</i>	Luego el <i>aitona</i> ,
14	1	silvidos redoblaron,	silvidos redoblaron;
20	6	sierpe; de cuyas entrañas	sierpe de cuyas entrañas
23	2	onaem	onaen
id.	id.	isaudia	irudia
25	6	kencar	kencan
id.	22	eguzkiarenk	eguzkiaren
28	1	egoalkiro	igoalkiro
30	21	ziñan	giñan
31	id.	bera	ocra
id.	24	onuz	onz
32	19	tentaizioa.	tentazioa.
33	25	isatsia	itsasia
34	1	azkazar	azkazalak
id.	3	argizkoak	agizkoak
id.	5	dizegilleak	aizegilleak
id.	20	itzaldiak	itzalkaiak
35	12	bat igaldetzen	bati galdetzen
id.	21	bokoiza	bokoitza
id.	22	lakoitza	bacoitza
id.	id.	likiskirien	likiskerien
36	6	erreparratu	erreparatu
id.	8	adierazu	adierazi
id.	24	onirsztea	oniriztea

PAG.	LIN.	DICE.	LÉASE.
—	—	—	—
37	12	zion	zuen
39	17	indartena-	indartsua-
id.	20	egitea	egiten
40	18	orrenbeste	orrenbeste
41	12	aetakorren	aetakoren
42	24	anti-	an-
43	9	gaisu	gaiso
47	26	<i>Dice.</i>	<i>Dice.</i>
48	4	zer ura	zerura
id.	9	zelaf	zelai
49	1	aurrean. Erromatar,	aurrean, Erromatar
id.	12	munduko	Munduko
50	8	arzazute	ar zazute
id.	14	konsuladuaren	konsuladoaren
id.	20	uztarririk gabe	uztarririkgabe
id.	24	id.	id.
51	23	ciran	ziran
52	1	Orres	Orrez
53	17	kaldunak.	kaldunak
54	2	eta.	eta
id.	24	karterik gabe	karterikgabe
56	11	belzak	beltzak
57	8	batian	batean
id.	11	arek	ark
id.	17	zenuen	zenduen
59	21	naz.	naz:
61	5	mundu	Mundu
68	20	ha	has
76	2	Vizcaya	Bizcaya
77	3	Euskal-Erria	Euskal-Erria.
79	12	zas,	zas!
80	18	cantábrica:	cantábrica.



ÍNDICE.



	<u>Pág.</u>
<i>Advertencia.</i>	III.
<i>Contrastes</i> (cuadro de costumbres buenas y malas).	I
<i>Version euskara del mismo</i> , hecha por D. Claudio Otaegui.	23
<i>Denbora anchiñakoen ondo-esanak</i> , (leyenda).	45
<i>Version castellana de la misma</i> , hecha por el autor.	63
<i>Corrigenda.</i>	81

